

FÁBULAS PARA MARINEROS

-¡Taxi!

Sube y da la dirección de su futuro hogar. Hace tanto que no viene a Barcelona... Para ser concretos, desde que fallecieron sus abuelos. Para dejar atrás los recuerdos, Emilio y Elisa, sus padres, decidieron viajar a Faro, Portugal, para comenzar una nueva vida. Ya han pasado muchos años y creen que es hora de volver a su tierra.

Esta extenuada. Acaba de pasar su primera tarde en el hogar de ancianos donde será voluntaria el próximo año. Que simpática ha sido la chica que se ha ofrecido a enseñárselo todo. Emma, cree recordar que se llamaba... Muy mona, pero demasiado alocada.

-Serán 23,50€, señorita.

-Tome- Dice tendiéndole un billete de 50€.

- ¿Tiene 50 céntimos, por casualidad?

Mientras rebuscaba en sus bolsillos, dio con un papelito que no recordaba haber metido. "667780... Emma". Madre mía... Guarda su teléfono en la libreta de contactos del móvil. Ya la llamaré.

- ¿Tiene o no tiene los 50 céntimos?

- No, perdón, estaba distraída.

- Bien, aquí tiene su vuelta.

Sale y dirige su mirada al edificio que tiene delante. Es de estilo clásico con algo que llama la atención. Es bonito... Y es su casa.

Sube. Entra y se dirige a la cocina.

- ¡Hola, ma!

- ¿Qué tal el primer día, mossa?

- Ma, ya no estamos en Faro, no me llames así.

- ¿Y yo no te puedo llamar mossa y tú me puedes llamar ma?

Esmeralda sonríe tranquila y va a su habitación.

-¡Esmeralda! Ya pensaba que no me llamarías. ¿Viste mi número?

-Llámame Esme, me gusta más. Y sí, sí que lo vi.

- ¿Tienes esta tarde un rato? Así, si quieres te explico cómo va eso de la resi y tal...

- Hoy no puedo, todavía me estoy instalando, ¿mañana?
- Vale Esme, mañana te veo, ¿a las siete en el Café de Marta?
- Sí, ahí estaré.

El Café de Marta era un pequeño local muy agradable, en un lugar inmejorable, ya que quedaba cerca de su casa, de la resi y de su (nuevo) instituto.

Hablando del insti, mañana empezaba, a mitad de curso y eso le ponía los pelos de punta. No sabía qué era lo que le esperaba, y eso a ella, que estaba acostumbrada a tenerlo todo bajo control, simplemente le aterrorizaba.

El sonido del timbre le despertó bruscamente de su adormecimiento. ¡Las clases en Faro eran mucho más entretenidas, por favor!

- ¡Ya estoy aquí!
- ¿Qué tal el primer día, mi niña?
- Aburrido pero interesante a la vez. He conocido gente nueva y ya tengo algún que otro amigo.

Por supuesto, Esmeralda no le contaba todo a su madre. Por ejemplo, no le había dicho que le habían llamado portuguesa de modo, por así decirlo, un poco grosero. Pero tampoco le había dicho que le había defendido justamente Emma, quién no le había dicho que iba a su mismo instituto.

Llegan a la puerta de la resi y Emma le dice algo, pero no logra entenderla muy bien. Entran. Lo primero que ve son ancianos en sillas de ruedas, algunos con la mirada perdida y otros simplemente hablando entre ellos.

Mientras tomaban el café, Emma le había comentado que Edward era un anciano un tanto especial. Es un poco irritable y refunfuñón pero, aún así, Emma insiste en que es una excelente persona.

- ¿Quién es el insolente que osa despertarme en medio de la siesta?
- ¡Soy yo, Eduardo! ¡Esme, tu nueva ayudante!
- Primero me despiertas y, encima, me llamas por un nombre que no es el mío. Soy Edward no Eduardo, maldita sea, si quieres te lo deletreo. ¡E-D-W-A-R-D!
- De acuerdo Edward, perdóname.
- Ni perdón, ni narices. Te voy a contar una de mis batallas en el mar, para que veas que Edward Verneus Niemi no es un hombre cualquiera...

-Y así, pequeña Erica, es como Edward Verneus Niemi, experto marino de las gélidas aguas del Ártico, logró pasar con su carga de atunes, la frontera sueca evitando los traicioneros icebergs, logrando que la tragedia del Titanic no volviera a suceder...

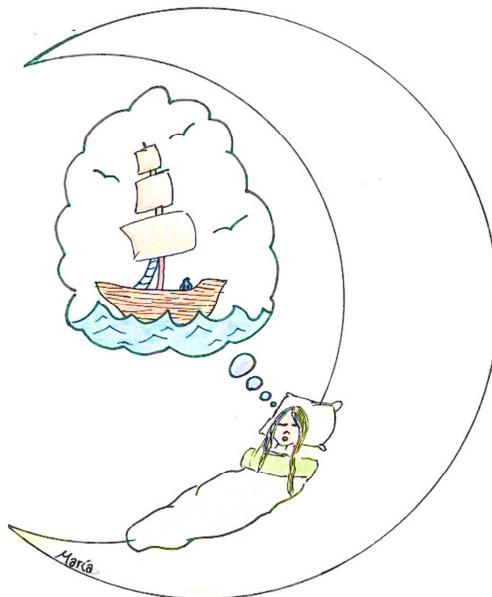
- ¡Más Esme, más!

- No, Erica, ya es hora de dormir, mañana te contaré más aventuras del Capitán Edward.

Día tras día, se fueron sucediendo las aventuras, narradas sabiamente por boca del marino y, posteriormente, transmitidas a la pequeña Erica a través de Esmeralda, quién conseguía dormir a la traviesa niña con estas palabras con sabor a agua salada.

Pasaron los días y algo que nadie podía prever sucedió. Nadie se encontraba preparado para ello...

Esmeralda se encontraba triste y sola. Lloraba continuamente y se dormía con la almohada mojada. Nadie más que Emma y la inocente Erica lograban consolarla. Esta última conseguía sacarle sonrisas, ya que lo único que percibía era que su hermana querida estaba triste y no la quería así.



Edward estaba enfermo, y los médicos insistían en que no había nada que hacer. Su hora se acercaba, como llega para todos, a veces más lenta, otras veces rápida. Edward lo había asumido y trataba a Esmeralda con una amabilidad inusitada en él. Y sabía que era ella quién peor lo estaba pasando, ya que él no tenía familia ni nadie que se preocupara por él, salvo Esmeralda.



Hoy ya no siente el dolor. Se encuentra con fuerzas, pero no quiere ser positivo, sabe que le hará daño.

Esmeralda llega, como todos los días, pero con algo nuevo.

Debajo del brazo lleva un libro.

Sin pronunciar palabra, se lo tiende a Edward, quién lo coge, y, tras observar la portada, siente como las lágrimas exigen salir de sus ojos.

Fábulas para marineros, de Edward Verneus Niemi.

Esmeralda ha hecho realidad su último sueño, ha reunido en un libro todas sus aventuras en la mar.

Edward sonríe, y suspira. Su último suspiro. Descansa por fin con una sonrisa en los labios.